

EL CASTIGO DE LA ENVIDIA

ANÉCDOTA MORAL

I.

De cuantas inclinaciones naturales ó adquiridas llegan á desarrollarse en el ánimo de los niños, ninguna merece ser tan enérgica y tenazmente combatida, como la abominable pasión de la *envidia*.

Las predilecciones hácia el primogénito, las preferencias del niño sobre la niña, ó *vice-versa*, las atenciones ventajosas hácia el preferido por la naturaleza, en gracia ó travesura, despiertan siempre en la condicion del que se ve desatendido ó postergado un sentimiento que acaba por tener todos los caracteres y detalles de tan funesta pasión.

A combatirla por los medios que más fácilmente puedan hacerla odiosa, hemos de dedicar algunas de nuestras tareas, y como principio, damos á luz

el siguiente *cuento*, en el que para inteligencia de aquellos á quienes se dedica, desenvolveremos una fábula sencilla y de agradable moralidad.

II.

Vivia, hace ya muchos años, en una aldea, cuyo nombre no hace al caso, un pobre hombre, llamado Valentin, que dedicado desde sus primeros años á la música, habia llegado á ejecutar en el violin, con alguna maestría, un buen número de piezas bailables.

La condicion de ser el único que en la aldea amenizaba las fiestas de los aldeanos, y contribuía con toda su buena fe á la alegría de todos, le habia granjeado el cariño de sus convecinos, que no sólo le estimaban como músico indispensable de toda boda, bautizo ó serenata, sino que le querian por bueno, honrado y de sanas costumbres.

Y era, en efecto, Valentin hombre digno de cariño y hasta de respeto.

La naturaleza, que le habia concedido todas las condiciones morales, hábale, no obstante, negado las físicas: así que sobre ser de muy corta talla, y nada linda cara, ostentaba en la espalda una joroba de muy regulares dimensiones.

Por eso, entre la gente moza, y naturalmente zumbona, de la aldea, era generalmente conocido por el apodo de *el galápago*.

Valentin sabia que se le llamaba así, pero ni estaba, en sus condiciones de humildad de carácter, en el caso de reñir con los autores del apodo, ni nada le importaba más que procurar con los ecos de su violin la obtencion de algunas monedas que entregar á su anciana madre, en cuya compañía vivia, siendo modelo de respeto y amor filiales.

III.

Un dia, que nuestro pobre Valentin volvía en direccion á su casa, poco satisfecho del éxito que habia obtenido en la de un vecino muy avaro, á quien habia ido á felicitar con su violin por haberle agraciado la suerte con un buen premio de la lotería, se vió de improviso detenido en su camino por un jóven apuesto y gentilmente vestido, que le dirigió estas preguntas.

—¿Sois Valentin, el músico de la aldea?

—Para servirlos cristianamente, respondió el jorobado.

—¿Y tendríais inconveniente en asistir esta noche á la aldea inmediata, donde se celebra la boda de un rico propietario?

—Señor, no acostumbro, dijo Valen-

tin, á faltar de la casa de mi madre despues del toque de oraciones; pero si vos me garantizáseis de alguna manera el buen resultado de mi viaje, haria por complaceros, á la vez que por ayudar mejor las necesidades de mi buena madre.

—Pues bien: como garantía de que no perdereis el tiempo, tomad,—dijo el desconocido,—y alargó á Valentin un bolsillo bien repleto de monedas, que el pobre músico recibió con verdadero asombro.

—Y bien, señor, dijo Valentin, ¿á dónde debo encaminar mis pasos, y á qué hora he de encontrarme dispuesto á tocar en la boda que me habeis indicado?

—A las nueve estareis, contestó el desconocido, en la aldea que desde aquí divisamos, y en la plaza de los Duendes. Adios, y no os hagais esperar, porque os interesa...

Y esto dicho, desapareció á muy buen paso el misterioso protector de Valentin.

Este, que, como hemos dicho, era muy hombre de bien y muy cristiano, pensó por algunos momentos que aquella repentina aparicion y aquella largueza anticipada, pudieran ser obra de algun mal espíritu; pero, puesta la intencion en Dios, y satisfecho del bien que iba á procurar á su madre, decidió asistir al sitio y á la hora que se le habia indicado, en compañía de su violin.

IV.

Daban las nueve en el reloj de la aldea, cuando Valentin penetraba, con exacta puntualidad, en la plaza de los Duendes, donde habia sido citado, y se hallaba frente á frente de una mul-

titud alegre y bulliciosa, que en torno de una gran mesa se entregaba al placer de una cena en que abundaban los manjares y los vinos más exquisitos.

Un número inmenso de luces arrojaba una claridad, rival de la luz del día, sobre los blancos manteles, y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, vestidos de gala, compartían con la familia de los nuevos esposos y sus parientes la felicidad de aquellos momentos.

Apénas Valentin hizo notar su presencia, cuando de los grupos más inmediatos á él salieron estas voces.

—¡Viva, viva! aquí está ya el músico—decían los unos—¡que se siente y cene!—exclamaban otros—¡que toque, que toque! añadian algunos; y en esta breve confusion, Valentin se deshacía en saludos y contorsiones, sin reparar que cada vez que se inclinaba lucía más y mejor su tremenda joroba.

De pronto, y tan de improviso como anteriormente dijimos, aparecióse el joven que por la tarde había citado á Valentin para tocar en la boda, y cogiéndole de la mano, y despues de presentarle á la recién casada, que era una hermosa doncella, con todos los atractivos de la edad, y todos los encantos de la virtud, le dijo: —¡Ea! señor Valentin, subid sobre este tonel, templad vuestro violin, y á poco que hagais, conseguireis poner en baile á toda esta alegre gente. Estad seguro de que sereis bien recompensado.

Y dicho y hecho: Valentin sobre el tonel, empezó á ejecutar en su violin los aires más característicos del país, y apénas si quedaron dos docenas de personas que no se entregaran con todo entusiasmo á la agitacion de la danza.

V.

Hacia ya buen rato que el baile estaba en todo su esplendor, y que Valentin sudaba y trasudaba con el movimiento de su arco y la marca del compas que rigurosamente señalaba con el pié izquierdo, cuando una figurilla parecida á la suya, como ella jorobada, pero sin ninguna de las bellas cualidades de alma que á Valentin distinguían, se aproximó al tonel, y con voz aguda y destemplado tono exclamó:

—Acabareis de tocar hoy, ó será cosa de que los demas no podamos obtener algunas monedas, con el mismo derecho y con mayor mérito que vos, Sr. Valentin.

—Perdonad, buen amigo, dijo éste, pero yo no sabia que hubiese ningun otro compañero de profesion citado á la fiesta. Si es así, subid y haced por vuestra parte lo que os corresponda.

—Pues si no lo sabíais, podíais haber reparado en que hace media hora que, con mi clarinete en la mano, aguardo á que dejeis de herirme los oídos con los insoportables chirridos de vuestro violin.

Iba ya, con la mayor calma y sin responder nada á tal insulto, á descender del tonel nuestro buen Valentin, cuando, aproximándose á él la reina de la fiesta, dijo:

—Bajad en buen hora, honrado Valentin; pero ántes de que vuestro competidor nos deje oír los ecos de su clarinete, venid á recibir el premio debido á vuestros méritos.

Y esto dicho, le condujo de la mano al centro donde se agrupaban todos, y le ordenó desabrochar el humilde juboncillo con que cubria su cuerpo.

Obedeció Valentin, sin respirar, y cuando con no poca vergüenza dió al aire su joroba, observó con asombro que una bellísima jóven, tomando un finísimo cuchillo de oro, le rebanó, como si hubiera sido de manteca, toda aquella escrescencia que llevaba acuestas, dejándole tan derecho y esbelto como el mejor mozo de la aldea.

Un paje recibió en una bandeja la ya cortada joroba, y otro ponía en manos del atónito Valentin un gran bolsillo lleno de monedas de plata.

—Ahora, dijo la jóven que habia tan milagrosamente operado á Valentin, vuelvan cuantos quisieren al baile, y empiece el nuevo músico su tarea.

Valentin, sin saber lo que le sucedia y sin dejar de tentarse la espalda para convencerse de su inesperada suerte, tomó asiento entre los nuevos esposos, disponiéndose como todos á escuchar á su competidor.

Este, que con asombro habia asistido desde el tonel al milagro de la joroba, y que por su parte tenia otra y muy buena en el pecho, llevó su clarinete á la boca, dispuesto á despertar el entusiasmo y la admiracion de los oyentes.

Pero ¡oh sorpresa! los primeros ecos de aquel clarinete resonaron inarmónica y destempladamente, produciendo un ruido semejante á los graznidos del buho, unas veces, y á los chillidos de la lechuza, otras.

La concurrencia en masa protestó contra aquella música endiablada, y entónces la reina de la fiesta, tomando de la mano al del clarinete, como habia tomado ántes á Valentin, le condujo en medio de la concurrencia, y le mandó desabrochar el jubon.

Apenas hecho esto, tomó con sus manos la bandeja en que estaba la joroba de Valentin, y aplicándosela á la espalda, le dejó en un momento jorobado por delante y por detras.

A este punto sonaron las doce en el reloj de torre de la plaza, y como por arte de magia, desaparecieron todos del lugar de la escena, apagáronse todas las luces, y solos quedaron á la de la luna, los dos músicos de la fiesta.

Valentin hizo la señal de la cruz, volviose á tentar la espalda, y encontrándose sin la joroba, bendijo á Dios, y dispuesto á emprender el camino de su casa, se despidió de su desdichado compañero con estas palabras:

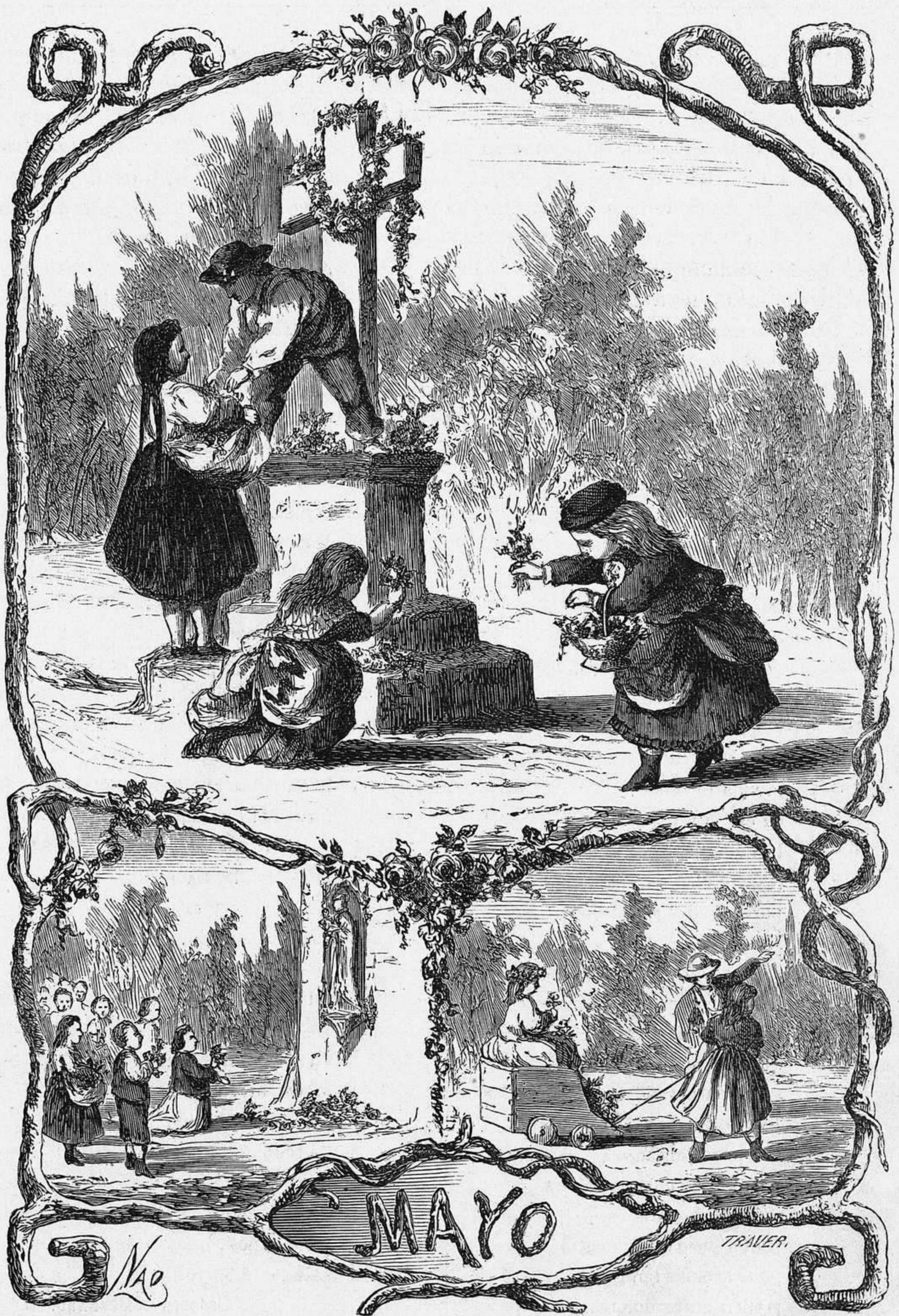
—Lamento tu desgracia; pero la juzgo como un castigo á las dos pasiones que demostraste en la fiesta: la SOBERBIA y la ENVIDIA.

VI.

Niños queridos: huid de la pasion de la ENVIDIA, y sed siempre para con todos vuestros prójimos clementes, generosos y caritativos.

Así sereis felices.





MAYO

Kao

TRAVER.

MAYO



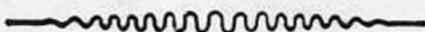
Ya dulce y risueño
 llegó el mes de Mayo:
 sus auras ligeras
 perfuman al paso.
 Ya trinan las aves,
 los aires cruzando;
 ya el hombre contempla,
 mirando el espacio,
 más puros los cielos,
 más verdes los campos.
 El sol los alegra:
 sus límpidos rayos,
 dorando las mieses,
 no queman sus granos.
 El claro arroyuelo
 recorre los prados,
 á flores y frutos
 la vida llevando:
 su curso refleja
 la luz de los astros...
 ¡espejo elegido
 por limpio y por claro!
 No rugen tormentas
 del mar en los antros:
 sus ondas tranquilas
 semejan un lago,
 que muere en las playas,
 su arena besando.
 Las flores ostentan
 sus puros encantos,
 y en varios colores
 matizan los prados.
 ¡Cuán puro el ambiente!
 ¡Qué aromas tan gratos!
 ¡Quién sufre dolores

si ya llegó Mayo!

—

¿Sabeis el misterio
 de tales encantos?
 ¿Sabeis, tiernos niños,
 por qué estais mirando
 más puros los cielos,
 más verdes los campos?
 Por ser á la Virgen
 el mes consagrado,
 la que es Madre Pura
 del género humano;
 la casta azucena;
 el lirio argentado;
 la mística rosa;
 el puerto de amparo;
 la que es compasiva;
 la que abre sus brazos
 á todo el que llora
 su nombre invocando.
 Por eso á MARÍA
 con flores tejamos
 corona de amores,
 de fe y entusiasmo.
 Su nombre pronuncien
 los trémulos labios;
 su gloria infinita,
 su eterno reinado
 perfumen el alma
 de todo cristiano,
 Por eso nos brindan
 sus frutos preciados
 los campos, que alegres
 saludan á Mayo.

M. OSSORIO Y BERNARD.



FLORES DE MAYO

LETRILLA Á LA VIRGEN

PUESTA EN MUSICA POR D. A. MANZANO

CORO.

*Plegarias humildes
devotos alzas,
que brilla en lo alto
la Estrella del mar.*

PRIMERA.

Las sombras ahuyenta
su vívida lumbre,
del aura en la cumbre
se mecê una flor.
El justo la adora
y Dios la acaricia,
del mundo es delicia
del orco terror.

SEGUNDA.

Su místico aroma
los ámbitos llena;

el alma enajena
de angélico ardor.
Los vicios inmundos
combate y aleja,
y en cambio nos deja
virtudes y amor.

TERCERA.

Venid, y aspiremos
con mente piadosa
la mística rosa
que nace en Sion.
Dejad esas plantas
que brotan del suelo;
pensil es el cielo,
¡María la flor!

M. J. PASCUAL.

LEOVIGILDO, SAN HERMENEGILDO Y RECAREDO

Ceña Leovigildo la corona gótica por la muerte de su hermano Liuva, apellidado el Débil, y queriendo dar á sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo el mayor testimonio de su cariño, asoció el primero á su gobierno y fundó en honor del segundo la ciudad llamada Reccópolis, ó ciudad de Recaredo, en la confluencia de los rios Tajo y Guadiela.

Leovigildo habia tenido estos jóvenes de su primera esposa Teodosia, hija de Severiano, gobernador de la

provincia cartaginesa, y hermana de San Leandro; pero en la época á que nos referimos, Teodosia no existia ya.

Leovigildo profesaba la ley arriana; pero Hermenegildo, que estaba casado con Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Lorena, sintió que sus ojos se abrian á la luz, y que su ánimo se inclinaba hácia la religion de su esposa, que era una católica perseverante y dotada de una rara elocuencia.

Unieronse á las predicaciones de Ingunda los consejos de su tio San Lean-

dro, arzobispo de Sevilla, que le animó é instruyó en los principios de la nueva religion, fortaleciendo con ella su espíritu para soportar con paciencia los males que pudieran sobrevenirle.

Colocado Hermenegildo á la cabeza de los católicos, entablóse la guerra entre el padre y el hijo, guerra sangrienta é implacable, como todas las guerras de religion, y que rechazaba la naturaleza de los vínculos sagrados que unian á los dos combatientes.

Queriendo Leovigildo atraer á su hijo á una honrosa conciliacion, despachó al momento á sus embajadores con una carta para Hermenegildo, en la que le recordaba que habia partido con él su reino, encareciéndole al mismo tiempo el valor de la religion arriana, á la que, segun decia, debieran siempre los godos su inmenso poderio.

Hermenegildo recibió aquella carta con todo el dolor de un buen hijo, que se encuentra obligado á desobedecer á su padre, y le contestó humildemente, pero con la dignidad de un católico, «que la verdadera religion era la que acababa de abrazar, y que rogaba al Señor con toda la fe de su alma, abriese sus ojos á la luz.»

Despues de tres años de reñida lucha, Leovigildo logró, á fuerza de engaños, que los cordobeses le entregasen á su hijo Hermenegildo, que se habia refugiado en el templo.

Merced á la prudencia y mansedumbre de su hijo Recaredo, Leovigildo recibió á Hermenegildo con muestras de alegría, le besó en la frente, y despues de haberle villanamente desarmado, le envió preso á Sevilla.

En lugar de abatirse con la falta de libertad y riguroso trato, Hermenegildo se cubria por la noche con una

manta de cilicio, y ocupado tan sólo en las cosas divinas, suspiraba sin cesar por encontrarse en la presencia de Dios.

En la noche de Pascua de Resurreccion del año 586, Leovigildo, queriendo reducirle á su fanática religion, le envió un obispo arriano para que le diese la comunión; pero el prisionero, fuerte en su creencia, y no queriendo profanar en manera alguna la comunión de los cristianos en tan solemne dia, hizo salir al prelado, dirigiéndole las palabras más afrentosas.

Irritado Leovigildo, tomando por suya la ofensa hecha tan sólo al arrianismo, dió orden al verdugo Sisberto para que le cortase la cabeza, crueldad que llenó de espanto al orbe, y que hizo más terrible la repentina muerte de Sisberto, acaecida á los pocos dias de la del santo mártir, que el Papa Sixto V hizo colocar en el calendario romano.

Leovigildo, cada vez más encarnizado contra los católicos, persiguió y desterró á los varones más santos, y se apoderó á viva fuerza de los bienes de las iglesias; pero, llegado el momento de su muerte, hizo venir á San Leandro, y le suplicó con las lágrimas en los ojos, que cuidase mucho de su hijo Recaredo, y le dirigiese piadosamente, á fin de que pudiera igualar á Hermenegildo, cuya muerte pesaba sobre su cabeza.

Leovigildo fué el primero de los reyes godos que llevó trajes de lujo diferentes de los de su pueblo, y el primero que usó corona, cetro y demas insignias reales.

Sucedióle en el trono su hijo el bondadoso y prudente Recaredo, que abrazando con entera conviccion la fe ca-

tólica, obligó por gratitud á su pueblo á que la abrazase tambien, convirtiéndose en aquel memorable reinado toda la España goda á la nueva religion, que asentaba su cimiento en la sangre del santo mártir Hermenegildo.

Aconsejado por el venerable Leandro, arzobispo de Sevilla, hizo convocar Recaredo el tercer concilio toleda-

no, al que asistieron setenta entre obispos y arzobispos, á los que presentó una profesion de fe firmada con su nombre y el de la reina Bada, en la que abjuraban por completo de la secta arriana, falleciendo con tranquila y resignada voluntad, en la ciudad de Toledo, en el año de Cristo de 601.

ROBUSTIANA ARMIÑO.



D. BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO

D. Bartolomé Estéban Murillo, natural de la villa de Pilas, que dista cinco leguas de Sevilla, de familia ilustre, nació el 1.º de Enero del año de 1613, y á su debido tiempo pasó á Sevilla á estudiar el arte de la pintura con su tio Juan del Castillo, el cual fué á establecerse á Cádiz, dejando á

su discípulo precisado á ganar la subsistencia con el trabajo de su pincel, ántes de saber manejarle, y se dedicó á pintar estandartes y cuadros de santos, que vendia por docenas, al precio de uno ó dos duros cada uno, á los armadores de las galeras de América, los cuales expendian despues estos cua-

dros de pacotilla en los pueblos recientemente convertidos de Méjico y del Perú.

Así pasó algunos años, hasta que Pedro de Moya llegó de Flandes y de Lóndres á Sevilla, y le inspiró el deseo de estudiar é imitar á Rubens y á Van-Dyck, que le habia dado á él las últimas lecciones; entónces resolvió Murillo irse á Italia y á Flandes, pasando ántes por Madrid, donde estaba su compatriota Velazquez, siendo pintor de cámara del rey Felipe IV, y gozando de mucha fama y valimiento: para realizar su plan hizo una partida de cuadros de flores y de devocion para las Indias, con cuyo producto se puso en camino, sin confiar su determinacion á ninguno de sus parientes.

Llegado á Madrid, se presentó á Velazquez y le dió cuenta de sus proyectos; Velazquez le acogió con benevolencia y le protegió, dándole trabajo con utilidad en el Escorial y en el Palacio de Madrid, y ayudándole con sus lecciones y consejos; así vió con frecuencia las excelentes pinturas de los sitios reales, y copió muchas de Ticiano, Rubens y Van-Dyck, con cuyo estudio mejoró mucho su colorido y se fortificó en el dibujo, copiando de buenas estatuas de la antigüedad que habia en Palacio. Tres años pasó Murillo estudiando continuamente, hasta el de 1645, en que volvió á Sevilla, donde causaron admiracion general los primeros cuadros que pintó para el claustro de San Francisco, todos estudiados por el natural y llenos de fuerza de claro y oscuro, segun los recuerdos de lo que habia visto y estudiado: recibiendo despues encargo de hacer una multitud de obras, que le produjeron utilidades y le dieron fama y renombre

en toda España, pues los cabildos y conventos, los grandes y los magnates le pedian pinturas de su mano; y á todo daba abasto su prodigiosa facilidad y fecundidad inagotable.

Murillo no por esto descuidó su reputacion, perfeccionó sus obras, dándolas esa dulzura de tintas y suavidad de oscuros, pero con tan extremado gusto y franqueza, que ninguno le aventaja; así como en el sentimiento místico de sus poéticos cuadros religiosos, en los cuales las glorias que representa parece que las vió en sus momentos de éxtasis y de devocion, porque no es posible crear otras más bellas: así son tan celebrados sus cuadros de la Purísima Concepcion, el San Antonio de la catedral de Sevilla, los medios puntos y la Santa Isabel que posee la Academia de Nobles Artes de San Fernando en Madrid, etc., etc.; de tal modo sabia variar su manera y acomodarla á su asunto, que alcanzaba igualmente á la más sublime poesía, como á la realidad más verdadera.

En los pocos retratos que pintó, los hizo muy buenos, y el suyo propio se lo hizo á instancias de sus hijos, del cual hizo un grabado en Flandes Nicolas Amzurino, y otro que quedó en poder de su hijo D. Gaspar.

En los paisajes tuvo mucha habilidad, como lo prueban los que puso en sus Historias; y así le sucedió, que el marqués de Villa-Manrique le mandó hacer una coleccion de cuadritos de la vida de David, y que en ellos los paisajes fuesen pintados por Ignacio Iriarte, que tenia crédito de pintarlos muy bien. Murillo dijo que Iriarte pintase los paisajes, y que él despues les acomodaria las figuras; Iriarte replicó que Murillo pintase las figuras primero, y

que él les acomodaría los paisajes. Murillo, enojado de este debate, le dijo: que si pensaba que le había menester para los paisajes, se engañaba; y así él solo hizo los tales cuadros, y de tan maravilloso encanto como suyos, los cuales trajo á Madrid dicho señor marqués.

En el año 1670 se expuso al público el día del *Corpus* una Concepción de Murillo, que arrebató en Madrid de tal modo, que al verla el rey D. Carlos II, manifestó que deseaba fuese su pintor de cámara, y que así se lo hiciesen saber: Murillo contestó modestamente, excusándose por su mucha edad de poder servir á S. M.

Fué tan honesto Murillo, que de pura

honestidad se murió; pues estando en un andamio para pintar el gran cuadro de Santa Catalina, en el convento de Capuchinos de Cádiz, tropezó al subir del andamio y en ocasión de estar relajado, se le salieron los intestinos; por no manifestar su flaqueza ni dejarse reconocer, vino á morir el año de 1685, á los sesenta y dos años de edad, dejando en su gaveta sólo sesenta y cinco pesos duros, por su desinterés en las muchas y eminentes obras que pintó; pero dejó en la historia de las artes el renombre y la fama de jefe de la Escuela sevillana y de gran maestro de la Escuela Española.

MARIANO DE LA ROCA Y DELGADO.

11 Mayo 1872.

—o—o—o—
NOCIONES DE ASTRONOMÍA
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(Continuacion)

LECCION VI.

LOS PLANETAS DE NUESTRO SISTEMA.

Ya os he dicho, mis pequeños lectores, que este globo que habitamos, en union de su satélite y de otros varios planetas que giran alrededor del Sol, forman uno de tantos sistemas planetarios que constituyen el universo; y explicados ya los tres astros de este sistema que más nos interesan, debo ahora hablaros de los restantes, siquiera sea brevemente, y de modo que pasen ante vuestros ojos como espléndido panorama.

En mi primera leccion os manifesté el nombre de estos planetas, por el orden de sus distancias al Sol, y siguiendo hoy la misma clasificación,

que empieza por el más próximo á aquel astro, debo tambien empezar hablándoos de

MERCURIO.

Primer planeta de nuestro sistema, permanece siempre envuelto en los rayos solares, por lo que apenas puede percibirsele ni ser estudiado. Sábese de él, sin embargo, que tiene sus fases, y que, aunque de menor magnitud que la Tierra, su superficie está erizada de montañas más altas que las de nuestro globo.

Se ha notado que le rodea una atmósfera mayor y más densa que la nuestra, habiéndose averiguado que la distancia que le separa del Sol es de 14.783.000 leguas. Su diámetro es de

4.980 kilómetros próximamente, su superficie de 779.250.000 miriámetros cuadrados, y su volúmen de 64.851.000 miriámetros cúbicos. Como gira á mucha menor distancia del Sol que la Tierra, debe tardar ménos tiempo en dar una vuelta completa alrededor de aquel astro, y así es en efecto, pues su año dura sólo ochenta y ocho dias de poco más de veinticuatro horas cada uno.

Comparándole con el globo terráqueo, encontramos que su masa es solamente las 17 centésimas de la de la Tierra, y su densidad tres veces mayor, recibiendo seis veces y media más calor y luz que nuestro planeta, y trazando en su carrera una órbita elíptica también, pero más alargada que la trazada por aquel.

VÉNUS.

Síguele en distancia al Sol, Vénus, esa hermosa estrella en cuya vista nos deleitamos al alba y al anochecer, cuando contemplamos brillar su luz serena sobre el azul firmamento, pues, rodeada de una atmósfera transparente, ella posee en mayor grado todas las magnificencias de luz de que goza nuestro globo.

Sus dias y noches tienen casi igual duracion que los de la Tierra, pero en las estaciones hay una diferencia notable, puesto que si en el invierno se siente allí un frio casi tan intenso como el que afecta á la superficie terrestre, en cambio el calor del verano es muchísimo más elevado que el que se siente en esta.

Como Mercurio, tiene fases visibles y montañas más altas que las de nuestro globo, creyéndose por algunos, aunque de ello no se tiene certidumbre, que la acompañan dos satélites.

Está dos veces más próxima al Sol que nuestro planeta, con el cual presenta gran semejanza, pues tiene casi el mismo tamaño que la Tierra, el mismo volúmen, el mismo peso é igual densidad próximamente.

MARTE.

Despues de Vénus sigue la Tierra, que ya conocemos, y tras de ésta Marte, planeta sumamente parecido á nuestro globo, tanto por su forma, como por su aspecto, atmósfera y duracion del dia en su superficie, observándose también, como en la Tierra, hielos en sus polos, que derretidos corren á engrosar sus rios ó se evaporan en nubes. Su color es rojo, ya porque sea así su suelo, ya porque sea producido por sus mares, vegetacion ó vapores.

Despues de la Luna, Marte es el astro que mejor conocemos, porque alejado del Sol 58 millones de leguas, hay ocasiones en que sólo dista de nosotros 14 millones, distancia pequeña, comparándola con las que nos separan del resto de los astros.

Su diámetro es casi exactamente la mitad del terrestre, y por consiguiente su volúmen es la octava parte del de nuestro globo, ó sea seis veces el de la Luna ó tres el de Mercurio. Verifica un movimiento completo de rotacion en veinticuatro horas y treinta y nueve minutos; es decir, que sus dias son treinta y nueve minutos más largos que los nuestros, y los años cuentan unos seiscientos ochenta y siete dias próximamente, suponiéndose que goza de casi la mitad de luz y calor que la Tierra, si bien en la misma proporcion durante todo el año.

(Se continuará.)



RETRATOS INFANTILES

VI

EL NIÑO EMBUSTERO

Joaquinito es un niño dotado, por gracia de Dios, de todas las ventajas más halagüenas. El es guapo, está sano y nunca ha tenido enfermedades, tiene gran penetración, notable despejo, es rico, porque sus padres lo son,

y estos le aman entrañablemente. Pero, amigos, tiene un defecto el señorito, que en verdad os digo, que á mí empieza á parecerme antipático el tal niño.

Es embustero como él solo; tan em-

bustero, que la misma verdad parece mentira si él la dice.

Le ha dado por mentir, y no hay quien le vaya á la mano.

Miente en su casa, miente en el colegio, miente cuando habla con sus amigos; en fin, miente en todas partes y á propósito de todo.

Las mentiras las urde con una rapidez pasmosa, y si llega Joaquinito á ser escritor, no habrá habido novelista que invente las estupendas mentiras que á él se le ocurrirán; si es abogado, el tribunal se quedará patitioso oyéndole mentir; si se dedica á la medicina, cuando un enfermo se le esté muriendo, asegurará él muy formal, sólo por mentir, que está el pobre en disposicion de irse á tomar un vaso de leche de vacas en la Montaña del Príncipe Pio, y si le da por ser hombre político, será cosa de alquilar balcones para oír sus discursos, porque mentiras más gordas que las que él diga, no se habrán oído nunca en el mundo.

Todas las mañanitas le descubre su amantísima madre alguna mentira; pero á la media hora ya ha urdido otra, y otra luego, y despues otra, hasta que se acuesta y duerme, que entónces sólo miente en sueños, porque á mí me parece que ese chico soñará únicamente que está diciendo mentiras.

Va tarde al colegio, y el maestro le pregunta la causa de su tardanza.

—Porque he estado con mamá en casa de mi abuelo, que está malo.

Primera mentira.

—Pues, ¿qué tiene el buen señor?

—Calenturas.

Segunda mentira.

Y así continuaria mintiendo, si el maestro siguiera preguntándole.

Luego encuentra el maestro en la

calle al abuelo, de quien es amigo, y se descubre la mentira.

Y son tantas ya las mentiras en que le ha cogido el maestro, que muchas veces va á preguntarle algo, y se detiene diciendo:

—Pero ¿á qué te pregunto, si has de contestar una mentira?

Esto debiera ser bastante para que á Joaquinito se le cayera de vergüenza la cara, pero no se le cae, no, porque, como buen embustero, Joaquinito es muy descarado, lo que en buen romance quiere decir que tiene poca aprension, ó poca vergüenza, como os parezca mejor.

Va á casa de un amigo suyo, que tiene un teatrillo, y en seguida exclama:

—Yo tengo otro mejor, con muñecos que bailan, hablan y cantan el *Dominó azul*.

El dia siguiente va el amigo á casa del gran embustero, sin más objeto que ver el famoso teatro y los maravillosos muñecos, y en la imposibilidad de enseñarle lo que no tiene, empieza á soltar mentiras, á las que pone término su madre, que se entera del caso, y Joaquinito debiera quedar corrido como una mona en presencia de su amigo; pero como ni se pica ni se corre, se queda tan sin novedad.

Cuando hay visita en su casa, y se le hacen preguntas al niño, sus padres están siempre temiendo que conteste una mentira, y al fin así sucede; el chico dice una y luego otra, y los padres se avergüenzan, ya que él no pasa cuidado alguno.

Es un mentir desenfrenado.

Bastará decirnos que es tal su desparpajo para mentir, que niega lo mismo que se está viendo.

El otro día había cogido del aparador un plato con no sé qué embutido delicado, sin otro objeto que cortar un pedazo; entra su madre, y le ve.

—¿Qué haces ahí? le pregunta.

—Nada, mamá.

—¿Cómo que nada?

Y el chico escondía el plato detrás.

—¿Por qué tienes las manos escondidas?

—Por nada.

—A ver qué tienes en las manos.

—Nada, nada.

Y mientras, el gato se había puesto en pié, y cogía entre los dientes el embutido, y tiraba el plato de las manos del niño.

Pues todavía está negando que tuviera el plato en las manos; asegura, por el contrario, que el gato tiró el plato desde el aparador.

Los criados de la casa no le hacen ya caso, cuando les dice que su papá los llama, ó que han llamado á la puerta, porque como saben que miente el chico por costumbre, y les ha dado no pocos chascos, es natural que duden de la verdad de sus palabras, lo cual sería para otro niño una cosa humillante, pero no lo es para Joaquinito, que no tiene aprension.

Gran pesar causa á sus padres con ese abominable vicio, porque, como personas de juicio que son, que en él cifran toda su ventura, les preocupa mucho pensar en lo desfavorablemente que puede influir en el porvenir de su hijo esa fatal costumbre, indigna de todo hombre que tenga ideas de probidad y decoro.

Y en efecto, razon tienen para alarmarse, porque ese vicio, niños míos, puede tener y tiene consecuencias más graves de lo que parece.

El hombre que se estime y quiera ser estimado en la sociedad, ha de ser franco, sincero, veraz; no ha de manchar sus labios con la mentira en ninguna ocasion, sobre todo si la mentira ha de favorecerle. La palabra de un hombre de bien ha de ser siempre expresion de la verdad, y así se gana la reputacion, el crédito, la confianza, el aprecio de las personas honradas.

El embustero es materia dispuesta para todo, hasta para el crimen.

¿No habeis oido á vuestros padres hablar con horror de los calumniadores?

Pues los calumniadores no son otra cosa que embusteros, que con sus mentiras comprometen á su prójimo, le deshonran, le quitan sin razon el aprecio de las gentes, y le hacen cobardemente más daño que un enemigo franco, leal, declarado y resuelto.

Se empieza por mentirillas inocentes, que suelen ser hasta graciosas; pero luego las mentiras, á medida que el niño crece, van teniendo más trascendencia, y entónces el niño se hace odioso, y, si no abandona esa costumbre, persuadido de lo inconveniente y perjudicial que es, llegará á ser un hombre sin palabra, sin formalidad y sin decoro. Esto, por lo ménos.

Así, pues, niños míos, por vuestro bien os aconsejo que no mintais jamas; que considereis la mentira como una cosa repugnante, feísima, que mancha vuestros rosados labios, oscurece vuestra conciencia, causa gran pena á vuestros padres, y aleja de vosotros á los niños que son buenos y no dicen mentiras.

¡Cuidadito con mentir!

C. FRONTAURA.

LOS NIÑOS ABANDONADOS



Considerad qué gran desgracia la de esos niños errantes, sin padres, sin hogar, sin pan, llenos de vicios y miseria, y dad gracias á Dios que os ha deparado tan distinta suerte.

Acordaos de los niños abandonados, y sed siempre buenos, humildes y caritativos.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Entre el honor y el dinero, lo primero es lo primero.